

Y verdaderamente era maravilloso, y al parecer sobrenatural lo que todos veían en la cuesta de Cañedo.

El trigo sembrado por Juan de la Cavareda en el terreno donde fué asesinado Márcos de Larrabita, al destacarse amarillo y próximo á la sazón, entre el fondo verde-oscuro de las argomas, los brezos y los helechos que le rodeaban, afectaba con admirable perfección el retrato de Juan mirado de perfil. Un accidente del terreno sembrado, simulaba la nariz con toda su singular fisonomía; una mata de helecho que negreaba, contigua al nacimiento de la nariz, simulaba el ojo y la ceja; otra mata mucho mayor y también de helecho, correspondiente á la mejilla, representaba el lunar que caracterizaba á Juan, y por último, una línea entrante y oscura originada por no haber nacido allí el trigo, simulaba perfecta y característicamente la boca.

Un niño como de seis años bajaba del monte, y por tanto ignoraba lo que pasaba en el pórtico.

— Niño, le dijo el teniente corregidor, mira á aquella rotura que amarillea sobre Cañedo, y dime lo que te parece.

— Señor, dijo el niño apenas miró, parece la cara de Casualidades.

Al decir esto el niño, Juan de la Cavareda, que permanecía como aterrado en un extremo del pórtico, custodiado por algunos vecinos, gritó:

— Señor teniente, ¡yo soy el infame asesino de Márcos de Larrabita! Lléveme vuestra merced ahora mismo al suplicio para que acabe el horrible que estoy sufriendo desde que maté á traición al pobre Márcos para saciar la sed de venganza que me abrasaba las entrañas desde que se casó, y sacié en él ya que no pude saciarla, como deseaba, en su mujer.

Juan de la Cavareda fué conducido inmediatamente á la cárcel de Avellaneda, donde se le pusieron aquellos horribles grillos de medio quintal de hierro que aún se conservan allí, y ocho días después, en presencia de más de diez mil personas que se extendían desde el pico de Villar al de Garbea, fué ajusticiado en un patíbulo levantado en el campo que él regó con la sangre de Márcos de Larrabita.

Calló mi padre y callamos todos como esperando á que Ciscorro hablara.

— Pues, amigo Manuel, dijo Ciscorro á mi padre, ejemplos como ese no dejan duda de que obra de Dios y no de la casualidad es todo lo que ocurre en el mundo.

— Eso quiero que creas, exclamó mi padre, y eso quiero que creamos todos, porque creyendo que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, creerémos que todo es sabio y justo.

ANTONIO DE TRUEBA.

ILUSION PERDIDA.

(RECUERDOS DE UN VIAJE).

En Junio de 18.... era yo muy jóven: la navegacion por el Rhin estaba en su apogeo con la esplendidez y comodidad que ofrecen los vapores de la línea: en un hermoso y apacible día me había embarcado en el *Cárols*, grande, suntuoso y ligero, saliendo de Maguncia, célebre por su situacion, por su antigüedad y por su historia: el pintoresco y risueño paisaje que van presentando las márgenes del Rhin recreaban dulcemente mis sentidos, creando allá en mi mente imágenes incomprensibles, concepciones grandiosas: yo descubria entre el cruzamiento de sus islas de follaje, en medio de sus aldeas abrigadas como un nido de pájaros entre las ramas de los árboles frutales, aquellos espíritus, aquellos gnomos que animaban las orillas, murmurando palabras de hechizo para atraer al viajero; los

escarpados montes, las rocas coronadas de castillos, las colinas ondulantes, todo aquel paisaje, en fin, obraba en mi pensamiento de una manera halagadora. A las seis de la tarde llegamos á Coblenz, donde el Mosela se une al Rhin por debajo de atrevidos puentes de hierro: allí se detuvo el vapor nada más que el tiempo suficiente para embarcar los viajeros que se precipitaban en tropel: dos minutos despues volvimos á marchar, y poco á poco las montañas iban descendiendo, desviando, y, por último, desapareciendo en el horizonte para perderse en las llanuras de Colonia que se proyectan hasta las extremidades de la Holanda.

Entre los viajeros recogidos en Coblenz encontrábase una señora de distinguidos modales, de fisonomía noble, acompañada de su hija, rubia de diez y ocho Añeres, bella como la aurora: su figura esbelta, flexible y extremadamente elegante, se destacaba de una manera poderosa iluminada por las rosadas tintas del crepúsculo, que comenzaba á irradiar los horizontes; sus ojos azules, de una suavidad infinita, estaban rodeados de finas y ensortijadas pestañas; su boca, dulce y movable, se dilataba imperceptible por una sonrisa encantadora. La presencia de aquella niña borró en un instante todos mis ensueños de brujas, encantamientos y castillos: la miraba embelesado sin apartar de ella mis ojos, pero sin que un gesto, una exclamacion ni una sonrisa pudieran revelar el efecto que en mí había producido.

A las nueve llegamos á Colonia y rápidamente determiné seguir á la madre y á la hija, fuera donde quiera; al siguiente día siguieron para Hamburgo, y yo, con una intrepidez juvenil, me empaqueté en el mismo tren: dentro del ferro-carril, y al traves de los campos y montañas, yo no veía más que una línea recta que se prolongaba indefinidamente en mi espíritu cada hora que trascurría, sin explicarme hasta dónde me llevarían aquellas señoras. A medida que nos alejábamos de los azulados horizontes y de las rústicas aldeas del reino de Hannover, se ofrecía á mi vista una tierra llana, triste y monótona que se tornaba en alegre y deliciosa, cada vez que en las estaciones de parada contemplaba la rubia cabellera de la jóven, asomada al ventanillo de su coche, con sus ojos grandes y sombreados, en los que yo creía ver lucir el resplandor de un ardiente pensamiento.

Mi corazón palpitaba al compas que crecía mi impaciencia.

A las cinco de la mañana siguiente un ruido atronador nos hizo comprender que atravesábamos el gigantesco puente que atraviesa el Alster, que se estremecía por la violencia del tren; se distinguía ya el júbilo de una ciudad reanimada por la aurora brillante de una mañana tan serena y tan llena de dulzura. Las cuencas del Alster, como los lagos de Suiza, rodeadas de quintas y jardines, comenzaban á desarrollar un panorama encantador, interin el río irradiaba la suave claridad del alba, y las embarcaciones se mecían dulcemente en sus azuladas ondas: hasta la fresca brisa nos saludaba con el aroma de sus jardines y el ambiente de las praderas lejanas trayéndonos entre sus auras los rumores de la ciudad y la calma apacible de los campos: yo renacia á mis ensueños poéticos.

En Hamburgo pasé tres días angustiosos sin encontrar una vez siquiera á mi adorada y á su severa madre; pero una tarde volví á ver sentadas en las galerías del café inglés; acerquéme cautelosamente y tomé posesion de un velador contiguo: la calma que produce la realizacion de un objeto, despues de la agitacion del espíritu y la incertidumbre, se apoderó dulcemente de mi espíritu, y caí en una languidez deliciosa contemplando á aquella deidad: iba vestida de blanco y azul, colores que hacían resaltar más y más su alabastrino y nacarado cuello, en los que se desprendían en desordenadas cascadas su blondos y dorados cabellos, imprimiendo á su figura un aspecto virginal: yo presentía el amor inmenso que había triunfado en mi alma, no entraba para nada la amistad ni la simpatía, era una

atracción irresistible, una invencible resolución de amarla con toda la fuerza explosiva de mis juveniles años: un suspiro se escapó de mis labios; la joven levantó su inclinada frente, y lanzándome una tímida mirada, que encerraba un pensamiento indefinible, volvió súbitamente á su apariencia indiferente, sin tornar á mirarme, temerosa sin duda de que mis ademanes le dijese demasiado.

Mientras tanto, el crepúsculo violado de la noche comenzó á teñir los contornos, dibujando en mil cambiantes todo aquel sitio delicioso; la joven aparecía entre las medias tintas de la atmósfera como una forma blanca é impalpable; poco despues encendieron el gas, y su rostro hechicero se iluminó súbitamente, prestándole más blancura y colorido.

Encendí un cigarro y seguí contemplándola de soslayo entre las espirales del humo; era una situación esencialmente ridícula.

De pronto la mamá interrogó á la joven sobre lo que deseaba tomar, y llamó á un mozo del café.

—*Cerveza*, pidió la madre.

—Una *copa de Ginebra*, añadió la joven con una voz argentina y dulce.

El cigarro se me cayó de las manos al oír semejante petición: aquella profanación de sí misma, aquel suicidio moral de su belleza despertó en mi corazón un sentimiento que me hizo alejar precipitadamente del café: la copa de *Ginebra* humillaba mi frente ante la fría realidad de la situación....

El siguiente día salí de Hamburgo, y salí triste y abatido: todas mis ilusiones, todos mis ensueños se habían desvanecido como el humo en el fondo de aquella bebida de contramaestre....

LUIS RACETI.

LA LUZ Y LA SOMBRA.

CANCION (1)

DEDICADA Á LA SEÑORITA DONA ELVIRA DE CASTRO Y SOLIS.

I.

Ya brilla la aurora de amor y alegría,
Que anima á los seres á amar y á reír;
Ya entonan las aves su dulce armonía,
Y exclamo gozosa: «¡Qué bello es el día!
¡Qué hermoso es vivir!»

II.

Mas tiende la noche su fúnebre manto,
Que el alma entristece y enseña á sufrir;
Se pierde en las sombras el último encanto,
Y trémula exclamo, bañada en mi llanto:
«¡Qué triste es morir!»

TEODORO GUERRERO.

EL TIPO DE LA BELLEZA.

¿Quieres que te defina,
Hermosa Elena,
El verdadero tipo
De la belleza?

Lo que me pides
Lo han juzgado los sabios
Un imposible.

No tienes ojos grandes,
Ni pié pequeño,
Ni tus dientes son perlas,
Ni es blanco el cuello.
Podrás ser fea,
Pero yo, sin embargo
Te llamo bella.

Y te diré el secreto:
No está en tu rostro;
Por ser buena y ser digna
Te quieren todos.

Retrato vivo,
Mírate en el espejo:
Tú eres *el tipo*.

T. GUERRERO.

SONETO.

No es verdad: el amor no es la agonía
Del que ve dilatarse la esperanza;
Es el fuego recíproco que lanza
Dos almas á una misma tiranía.

Cuando á su altar mis pasos dirigia,
Impulsado por tí, de tu mudanza
Díome noticia presta y malandanza
La única antorcha que en el ara ardia.

Allí estaba mi fe: ¿dónde la tuya?
¿Porque arranqué á mi frente el grave yugo,
Ahora labras reproches y quimeras?

Huye de mí: que la razón no arguya
Que hubo entre dos amantes un verdugo:
¡Yo no quiero quererte aunque me quieras!

JUAN P. DE GUZMAN.

¿DE TÚ Ó DE USTED?

A ANGELITO.

Me has pedido mi opinión
En una cuestión que abruma,
Y así, como á vuela pluma,
Resolveré la cuestión.

Tratar al que le ha engendrado
De usted es justo y debido
Por aquel que es bien nacido
Y además es bien criado.

El *tú*, con buena crianza,
También el respeto admite;
La cuestión es que no quite
Respeto la confianza.

Que hay hijo de Belcebú
Que tuvo muy mala madre,
Y llama de *usted* á su padre,
Y á Dios le llama de *tú*.

Bien mi consejo te exhorta;
Cumple el cuarto mandamiento,
Y que sea el tratamiento
De *usted* ó de *tú*, ¿qué importa?

E. BUSTILLO.

(1) Puesta en música por el maestro D. José Pinilla.

PROBLEMA.



Soy huérfana de un teniente coronel : las pagas no andan buenas ; los huéspedes están muy malos ,
¿qué me aconsejan ustedes que haga ?

APÓLOGO.

(En un álbum.)

Pradera deliciosa
Alegre recorría Aminta bella,
Y con sus lindos ojos
A las pintadas flores daba enojos.
Una temprana rosa
Sobre la verde zarza su corola
Risueña levantaba,
Y al aura con su aroma embalsamoa.
Vióla Aminta, y prendóse,
Y al querer arrancarla de su tallo
Una espina alevosa
Punzó la linda mano de la hermosa.

! Lanzó tierno gemido,
Y á sus serenos ojos asomóse
Una lágrima pura,
Que el cristal empañó de su ventura.
La vida es la pradera,
Que en juventud alegres recorreremos,
Y las pintadas flores
Ilusiones que endulzan sus dolores.
La espina el desengaño,
Y la furtiva lágrima en los ojos
De Aminta aparecida,
La primera ilusion desvanecida!

JULIO ENCISO.

LA LÓGICA DEL DUELO.

FÁBULA EN ACCION (1)

POR TEODORO GUERRERO.

PERSONAJES.

D. ALFREDO.
D. MARTIN.
D. RAMON.
JULIAN (*artesano*).

MANUEL (*chispero*).
ALCALDE.
CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º
DOS AGENTES DE POLICÍA.

La escena pasa en los alrededores de Madrid.—Época contemporánea.

CUADRO PRIMERO.

Decoracion de campo. Al fondo una tapia que cubre toda la escena.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN.—MANUEL.

MANUEL (*con la capa arrollada en el brazo izquierdo, se cuadra delante de Julian en actitud hostil*).

¡Julian, estoy más quemao
Que una hornilla!.... ¡Tengo sed,
Y he de beberme tu sangre!
JULIAN (*embozado en la capa, con calma*).
Que no te empañes, Manuel,
Pues yo tengo mucha calma
Y soy un hombre de bien.

MANUEL.

¡Julian, te digo que el fuego
Me está abrasando!

JULIAN.

Pues vé
Al pilon de la Cibeles,
Y allí zambulle los piés,
Que con locos de remate
No quiero el tiempo perder.

MANUEL.

¡No te burles, que de rabia
Reventando está mi piel!
¡Vamos á reñir!

JULIAN.

No quiero.

MANUEL.

¿Que no? Yo te obligaré.
(*Le echa mano al embozo y Julian se retira.*)

JULIAN.

Muchacho, las manos quietas;
Quieta la lengua tambien,
Pues si me sigues jurgando,
Aquí me voy á perder.
¿Qué quieres de mí?

MANUEL.

¡Tu sangre!

Sabe todo Lavapiés
Que, por quedar bien contigo,
Me hizo anoche la Belen
Una partida serrana
En el baile del Ariel.

JULIAN.

Como ella manda en su cuerpo,
Naide le pone la ley.

MANUEL.

¡A un mozo de mis agallas
Hacerle un desaire!

JULIAN.

¿Y qué?

MANUEL (*con sorna*).

Que la quieres, y yo quiero
Que la dejes de querer.

JULIAN (*burlándose*).

Límpiate la baba, niño,
Porque no se hizo la miel....

MANUEL.

¡Quita el embozo á la capa
Y descubre el arfilé,
Porque siento candelillas
Aquí encima de la sien,
Y tus tripas condenás
Al sol las voy á poner!

JULIAN (*se desemboza*).

Chiquiyo, escucha un consejo
Que ha de aprovecharte bien,
Pues nací diez años ántes....

MANUEL (*furioso*).

¡Yo nada quiero saber!

JULIAN.

La rabia quita el sentido:
Si yo ántes que tú llegué,
¿No ves que estorbas, muchacho,
Pues tiene dueño Belen?

MANUEL.

¡Por eso quiero matarte!

JULIAN.

¿Te has vuelto loco, Manuel?
Si me mata Dios, acaso,
Porque es flaca la mujer,
Puedas relevar al muerto,
Que de eso mucho se ve;
Pero una mano manchada
Con mi sangre, no es Belen
La que la acepte, en presencia
Del cura de San Andrés.

MANUEL.

¡Me querrá á la fuerza!

JULIAN.

Mira

Que no es decreto del juez,
Que se impone, porque es fruta
El amor de la mujer
Que si madura á porrazos
Nunca se digiere bien.

(1) El autor de las preciosas fábulas insertas en las *Lecciones de mundo* y en *Los Niños* concibió la oportunísima idea de llevar al teatro un género tan conveniente para preservar de relieve las enseñanzas morales, y una prueba de la bondad del pensamiento fué el brillante éxito que en Febrero último obtuvo en el teatro de la Alhambra *La filosofía del vino*. Teodoro Guerrero ha compuesto una coleccion de fábulas en accion para combatir los vicios sociales, y los lectores del ALMANAQUE comprenderán el mérito de esta clase de trabajos por el que hoy les ofrecemos, que es un estudio profundo, fotografia viva de uno de los graves males que pesan sobre la sociedad.

MANUEL (*fuera de sí*).

¡No escucho ya tus razones!

JULIAN (*con severidad*).

Echate á un lado, Manuel.

MANUEL (*le cierra el paso*).

¿No quieres reñir?

JULIAN.

No quiero.

MANUEL.

¡Eso lo vamos á ver!

Si tienes sangre en las venas,

¡Toma, y á buscarme ven!

(*Le cruza la cara. Julian, furioso, tira la capa y saca la navaja.*)

JULIAN.

¡Dios me perdone tu muerte,

Pues vas á morir, Manuel!

MANUEL (*saca la navaja y se pone en guardia*).

¡Aquí te aguardo! ¡Al avio!

JULIAN.

¡Quiero matar!

MANUEL.

¡Yo también!

(*Se arremeten, y despues de algunos golpes, Manuel se lleva las manos al pecho, gritando.*)

¡Dios me valga!..... Te perdono.....

Porque yo..... te provoqué.....

¡Ah! ¡Muerto soy!.....

(*Vacila y va á caer entre los bastidores.*)

JULIAN (*espantado tira la navaja*).

¡Dios del cielo!

Siendo tanto tu poder,

¿Por qué cubriste mis ojos

Con esa niebla? ¿Por qué

A un mortal abandonaste

En su ciega insensatez?.....

¡Sangre en mis manos! ¡Dios mio!.....

Me ha perdonado Manuel,

Pero el grito de ese hombre

Siempre, siempre escucharé!

(*Va á salir y se detiene al ver al Alcalde, seguido de dos Agentes de policia, que aparecen por entre los bastidores de la izquierdá.*)

ESCENA II.

JULIAN. — ALCALDE. — AGENTES.

ALCALDE.

¡Aquí un muerto!

JULIAN.

¡La justicia!

¡Soy perdido!

ALCALDE.

¡Date al rey!

(*Los Agentes rodean á Julian, y el Alcalde coge del suelo la navaja.*)

¡Sangre! ¡El cuerpo del delito!

¿Le mataste?

JULIAN (*tranquilo*).

Le maté.

ALCALDE (*á los agentes*).

¡El asesino á la cárcel!

JULIAN (*con horror*).

¡No soy asesino!

ALCALDE.

El juez,

Si estás convicto y confeso,

Ya poco tiene que hacer.

JULIAN.

Hará justicia á mi causa;

Le he matado en buena ley,

Que herir en la cara á un hombre

Es buscar la muerte.

ALCALDE (*encogiéndose de hombros*).

Bien.

El muerto al hoyo, y el vivo

Al Saladero con él,

Que allí el verdugo las cuentas

Irá á ajustarle despues.

JULIAN (*se estremece*).

¡Me juzgará desde el cielo

El Dios que todo lo ve!

ALCALDE.

Mas tú reñiste en la tierra,

Pobre mortal, sin saber

Que aquí abajo es inflexible

La cuchilla de la ley.

(*Se retira por la izquierda seguido de los Agentes, que llevan á Julian cogido por los brazos.*)

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Salen por la derecha ALFREDO, RAMON
y CABALLERO 1.º

RAMON.

¿Llegamos al sitio?

CABALLERO 1.º

Sí.

Hemos sido más puntuales.

RAMON.

Las diferencias sociales

Todas se arreglan aquí.

ALFREDO (*ve el reloj*).

No tardarán, son las dos.

RAMON.

¡Vencerás!

ALFREDO.

¡Es imposible!

RAMON.

¿Por qué?

ALFREDO.

Ese hombre es invencible.

RAMON.

¡Tu vida he pedido á Dios!

ALFREDO.

Y yo también he rezado;

Pero Dios no puede oír

Al hombre que va á reñir.

¡Ve que reñir es pecado!

RAMON.

Pedimos como cristianos,
Y tú tienes la razon.

ALFREDO.

Mas mi contrario, Ramon,
Tiene mi vida en sus manos.

RAMON.

¡Me estremezco al ver llegar
El momento de reñir.

ALFREDO (*con expresion de dolor*).

¡El momento de morir!

RAMON.

¡No! Tú le debes matar!

ALFREDO (*se estremece*).

Quiero vencer en el duelo....
La propia conservacion....
Mas con sangre, una oracion
No puede llegar al cielo.

RAMON.

¡Por qué has de reñir, Alfredo,
Si tu corazon presiente?...

ALFREDO.

La sociedad no consiente
Al hombre que tenga miedo.

RAMON.

¿Y no es sociedad menguada
La que torpemente fia
El honor y la hidalguía
A la punta de una espada?
¡Don Martin, causa ha tenido
Para este duelo?

ALFREDO.

No sé;

El dice que le miré,
Y se dió por ofendido.
Irritado vino á mí,
Y reparacion pidió;
Mis excusas no aceptó
Y quiere vengarse aquí.
Se escuda con el honor
Para lucir su destreza....
¡Me matará! ¡Qué proeza!
¡Y alabarán su valor!

RAMON.

¡Pero es falta de cordura
Batirse, no habiendo ofensa!

ALFREDO.

¡Ay! ¡La sociedad no piensa
Del mismo modo!

RAMON.

¡Es locura!

ALFREDO.

Ramon, los cuerdos son pocos;
A la locura verás
Reinando; el mundo no es más
Que una gran casa de locos.

RAMON.

¡Eso es injusto!

ALFREDO.

Es verdad.

RAMON.

Tu rival es un malvado,
Y tú eres un hombre hourado,
Util á la sociedad.

ALFREDO.

No puedo retroceder
Aunque perezca en la lucha,
Pues la sociedad no escucha
Más que la voz del deber.

RAMON.

¡El deber! ¡Palabra vana!.....
¿Y no es un deber tambien
No privar de su sosten
A tu pobre madre anciana?
¡Se morirá!

ALFREDO.

¡Madre mia!.....

No me la nombres, Ramon,
Pues me late el corazon
Y el valor me faltaria!
¡Mi pobre madre!

RAMON.

Te ofrezco

Arreglar, pues no hubo agravio....

ALFREDO (*mirando á la derecha*).

Aquí están: sella tu labio;
Ramon, no me pertenezco.

ESCENA II.

Dichos. — D. MARTIN y CABALLEROS 2.º y 3.º

MARTIN (*fumando*).

¡Soberbio sitio! ¡Convida
Al gusto de pelear!
¡Brava cosa es disputar
El terreno de la vida!

CABALLERO 2.º (*se desemboza y saca dos floretes*).

Las armas.

MARTIN (*á los Caballeros*).

Estoy dispuesto.

(¡La impaciencia me devora!)

(*Se quita la levita y el sombrero, coge un florete y se coloca
en actitud de esperar á su contrario*).

Señores, al dar la hora

Me encuentro siempre en mi puesto.

(*Don Ramon se acerca á D. Martin, le coge de la mano y se
separan á un lado*).

RAMON.

Tiene usted fama de bravo,
Y bien ganada, lo sé....

MARTIN (*mirándole fijamente*).

¿Qué más?

RAMON (*con un arranque violento*).

No permitiré
Que el duelo se lleve á cabo.

MARTIN (*sorprendido*).

¿De verás?

RAMON.

¡Es la hidalguía
El primer deber del hombre!

MARTIN (*burlándose*).

Permita usted que me asombre,
Y, en seguida, que me ria.

RAMON.

¡Caballero!

MARTIN (*con satisfaccion de placer*).

¡Vive Dios!

¡Soy feliz como ninguno!
 ¡Vine á combatir con uno,
 Y voy á matar á dos!

RAMON.

Desista usted de la empresa;
 Vengo de paz, don Martin.

MARTIN (*con los ojos muy abiertos*).

¡Un combate es un festin,
 Y no regaio mi presa!

RAMON.

Es querer exagerar
 El carácter; usted sabe
 Que no habiendo ofensa grave
 Todo se puede arreglar.

MARTIN (*con altivez*).

¡Usted trata de impedir
 El duelo?

RAMON.

Sí.

MARTIN.

Don Ramon,
 ¡Yo soy todo corazon!
 ¡Vengo á matar ó á morir!

RAMON.

Trato de impedirlo, sí.

MARTIN (*con furia*).

¡Sin duda usted me ha tomado
 Por una mujer! — ¡A un lado,
 Y venga el contrario á mí!

(*Se pone en guardia; D. Ramon se retira turbado; Alfredo se quita precipitadamente la levita y el sombrero, coge el florete y se pone tambien en guardia; los rivales se saludan y empieza el combate, dando los dos pruebas de serenidad y destreza, pero Alfredo retrocede á los pocos golpes no pudiendo resistirlos. Don Ramon da muestras de impaciencia y del interes que le inspira el éxito del duelo. Los tres Caballeros, cruzados de brazos, permanecen al fondo. — Alfredo se lleva las manos al pecho, y suelta el florete.*)

ALFREDO.

¡Ah!

RAMON (*adelantándose*).

(¡Qué espanto!)

ALFREDO.

¡Madre mia!

(*Vacila y cae inerte. Don Martin se cuadra impasible, apoyando en tierra la punta del florete. Don Ramon, fuera de sí, se arroja sobre el cadáver.*)

RAMON (*desesperado*).

¡Herido en el corazon!

MARTIN (*con calma*).

Es mi golpe, don Ramon;
 No falla.

RAMON.

(¡Qué villanía!)

MARTIN (*á los caballeros*).

Aquí ya de más estamos.

CABALLERO 3.º

¡Pobre mozo!

MARTIN.

Fué imprudente,
 Y murió como un valiente.
 Con este van siete. — Vamos.
 (*Don Martin recoge su ropa y se retira con los Caballeros 2.º y 3.º por la izquierda.*)

ESCENA III.

D. RAMON.—CABALLERO 1.º — *Despues el ALCALDE y los AGENTES.*

RAMON.

¡Murió! ¡Qué remordimiento!.....
 ¡Ha muerto un hombre! ¡qué horror!.....
 (*Con sarcasmo.*)

¡Satisfecho está el honor,
 Y el mundo estará contento!
 (*Aparecen por la derecha el Alcalde y los Agentes.*)

CABALLERO 1.º.

¡La justicia!

RAMON.

¡A tiempo llega!

ALCALDE.

¡Un muerto!

CABALLERO 1.º

De una estocada.

ALCALDE.

¿Duelo?

CABALLERO 1.º

Sí.

ALCALDE.

No he visto nada.

(*A los Agentes.*)

Vamos; la justicia es ciega.

RAMON (*cerrándole el paso*).

¡Gritaré!

ALCALDE.

Tambien es sorda.

RAMON.

¡Por allí va el matador!

ALCALDE.

Si ha matado con honor,
 Hay que hacer la vista gorda.

RAMON.

¡La ley es igual! ¡Un hombre
 Halla la justicia!.....

ALCALDE.

Es cierto;

Pero la clase del muerto
 Al delito da otro nombre.
 Hace un momento que aquí
 Otro cadáver hallé,
 Y al matador me llevé
 A la cárcel.

RAMON.

¡Preso!

ALCALDE.

Sí.

RAMON.

¿Le juzgarán?

ALCALDE.

Íra al palo
Por reñir en mal terreno.

RAMON.

¿Por qué ha de morir el bueno
Y se ha de salvar el malo?

ALCALDE.

La navaja es de un acero
Que envilece su destino;
La ley mata al asesino
Y respeta al caballero.
Vamos. (*Sale con los Agentes.*)

RAMON.

¡No! ¡La sociedad
Así no piensa, es mentira!

CABALLERO 1.º

Tu pobre razon delira;
Ese dice la verdad.

(*Don Ramon deja caer la cabeza sobre el pecho; en seguida
alza la frente, y dice como inspirado, mirando al público.*)

RAMON.

El hombre que dispone
De ajena vida,
Sea noble ó plebeyo,
Es homicida.
Hay que guardar
El quinto mandamiento:
¡No matarás!
Si matar es delito,
¿Qué diferencias
Los hombres establecen
Con torpes reglas?
Un juzgador
Hay por cima del hombre:
¡Se llama Dios!

FIN.

DON LUIS DE EGUILAZ.

Este insigne poeta, cuya temprana muerte lloran las letras, nació en Sanlúcar de Barrameda en 1830, siendo sus padres D. Dámaso y doña Luisa Martínez de Eguilaz, que habian contraído matrimonio con dispensa de parentesco. Su familia era oriunda por ambas líneas de las provincias cantábricas como lo demuestran los apellidos de Eguilaz, alaves, Sodupe, vizcaíno, y Lapidra, montañes.

Todavía muy niño, trasladóse con su familia á Jerez de la Frontera, en cuyo Instituto tuvo por maestro al sabio eclesiástico D. Juan María Capitan, que descubrió en él singulares dotes para el cultivo de la poesia.

Apénas entrado en la adolescencia, dió pruebas de que su maestro no se habia equivocado, escribiendo, entre otras cosas, una comedia en un acto, titulada *Por dinero baila el perro*, que se representó en Jerez con aplauso.

Su madre, excelente señora que hoy vive en compañía de su ya único y buenísimo hijo D. José, habia enviudado quedándole numerosa familia y una fortuna quebrantadísima por inmerecidos contratiempos y desgracias. Fundando en Luis legítimas esperanzas de apoyo, envióle á Madrid á seguir la carrera de leyes y quizá tambien esperando que aquí se le habia de ofrecer otro camino no ménos glorioso y de resultados más inmediatos y positivos para la familia.

Los primeros versos que el jóven estudiante de Derecho dió á luz en Madrid, fueron unos titulados *El Veterano*, que el autor de estos renglones insertó en un periódico militar del mismo titulo, en cuya redaccion tomaba parte. Aquellos versos aparecieron insertos en esta forma: «Don Luis Martínez de Eguilaz.» Los versos eran buenos, pero como abundan los entendimientos frívolos, hubiesen pasado desapercibidos á no ser por una circunstancia secundarísima, la inicial de Dámaso, que, suponiendo fuese la de Don, dió ocasion á un periódico á escandalizarse de su uso, que llamaba inmodesto. La verdad era que el novel poeta la usó entónces previendo este escándalo; pero él y sus amigos convenimos en que aquella suscripcion era larga, y el uso de iniciales tiene sus inconvenientes para popularizar los nombres, por lo que el poeta se decidió á firmar, en lo sucesivo sencilla y constantemente «Luis de Eguilaz.» Se ha equivocado, pues, un periódico de Jerez al decir que el ilustre poeta sanluqueño se llamaba Dámaso Martínez y el nombre Luiz de Eguilaz era puramente un seudónimo literario.

Y ya que de nombres se trata, debo rectificar otro error de que yo mismo participé. Cuando el jóven poeta se dió á conocer brillantísimamente en la escena madrileña, con la representación de *Verdades amargas*, hubo personas que teniendo algun conocimiento de la lengua vascongada á que pertenecia el apellido del poeta, hicieron notar la singular coincidencia de que este apellido tenía significacion análoga al título de la comedia, como compuesto de *egui*, *egui-a*, verdad, la verdad, y *latz*, cosa áspera. Yo acogí esta curiosa observacion en cierta nota biográfica, creyéndola fundada por efecto de mi escasísimo conocimiento del euscara y el ninguno que tenía de la formacion de los apellidos pertenecientes á aquella antiquísima lengua; pero despues he procurado adquirir los conocimientos que entónces me faltaban, y en virtud de ellos debo decir que el apellido *Eguilaz* significa *sitio anguloso y áspero*, de *egui*, ángulo, y *latz*, cosa áspera y cavernosa. Si bien es cierto que *egui* significa tambien verdad, no lo es ménos que los apellidos vascongados, casi todos solariegos, rara vez se fundan en ideas puramente morales, sino en las condiciones materiales ó climatéricas mas notables del solar de que proceden.

Era Luis muy delicado de salud desde la niñez, é influia mucho en su organismo el exceso de sensibilidad moral. Aun no habia cumplido veinte años cuando yo le conocí, y ya habia escrito varias comedias sin lograr que se representase ninguna en los teatros de Madrid. Estas comedias eran *La Niña de los jazmines* (que no llegó á representarse por considerarla despues su autor de poco efecto escénico), *Una broma de Quevedo* y *Alarcon*.

El ilustre Hartzenbusch, que siempre ha sido á la par que un docto maestro, un carísimisimo amigo de los jóvenes de verdadera aptitud para el cultivo de las letras, tuvo noticia de que á este número pertenecia Eguilaz, y un dia se presentó bondadosamente en un último piso de la Travesía de Trujillos donde vivia Eguilaz para solicitar de éste que le diese á conocer algo de lo que habia escrito. Leyóle el jóven *Una broma de Quevedo*, y el Sr. D. Juan, conmovido y entusiasmado, abrazó al poeta asegurándole grandes triunfos en la escena, y llevándose espontáneamente la comedia, la presentó y recomendó con gran encarecimiento á la direccion del Teatro Español. Algun tiempo despues, casi con lágrimas en los ojos, el ilustre dramático volvió á ver al estudiante poeta para devolverle el manuscrito, exhortarle á que no desmayase y decirle que todas sus recomendaciones no habian alcanzado siquiera que se leyera la comedia en el Teatro Español, cuya direccion alegaba, para cohonestar este proceder, que el repertorio del teatro tenia ya otra comedia cuyo protagonista era Quevedo.

Se necesitaria un libro para narrar los inútiles esfuerzos que aquel poeta adolescente, enfermizo, triste y desvalido, hizo por espacio de tres años para que se representase alguna de sus comedias. En la historia de estos tres años

de su vida, hay episodios tan tristes como curiosos que el autor de estos renglones guarda para ocasion más oportuna.

Animado Luis por la honra y los autorizados augurios que había merecido del Sr. Hartzenbusch, á quien hasta los últimos instantes de su vida profesó amor y veneracion, que llamarles filiales aún me parece poco, escribió la comedia *Verdades amargas*.

Por aquellos dias vió la luz pública la preciosa novela de Fernan Caballero, titulada *Clemencia*, y enamorado Eguilaz del peregrino ingenio que resplandecía en aquel libro, escribió un artículo examinándole y le remitió al periódico *La España*, en cuyo director y propietario el señor D. Pedro de Egaña, tanto siendo periodista como siendo ministro, había encontrado siempre apoyo y estímulo la juventud que cultivaba con fruto las letras.

Como el Sr. D. Eugenio de Ochoa tuviese entonces á su cargo la crítica literaria en aquel inolvidable periódico, fué á parar á sus manos el artículo de Eguilaz, le publicó con elogio, y quiso conocer personalmente á su autor.

Con tal motivo tuvo éste ocasion de leerle su última comedia, y el Sr. Ochoa se encargó de recomendarla eficazmente al primer actor y director del Teatro de Variedades D. Joaquin Arjona en quien ejercía mercedísima influencia.

La primera representacion de *Verdades amargas* fué para el autor y los actores un triunfo de que apénas había ejemplo en la escena española, y desde entonces la vida literaria de Eguilaz fué una ovacion continua.

Las obras dramáticas con que sucesivamente enriqueció la escena española fueron éstas:

Dramas y comedias: *Verdades amargas*. — *Alarcon*. — *Una broma de Quevedo*. — *Las Prohibiciones*. — *El Caballero del Milagro*. — *Las Querellas del Rey Sabio*. — *La Vaquera de la Finojosa*. — *La Vida de Juan Soldado*. — *Graxalema*. — *Una aventura de Tirso*. — *Mentiras dulces*. — *El Padre de los pobres*. — *Santiago y á ellos*. — *La Cruz del*

matrimonio. — *Los Soldados de plomo*. — *La Llavé de oro*. — *El Patriarca del Turia*. — *Los crepúsculos*. — *La convalecencia*. — *Una virgen de Murillo* (la mitad). — *Entre todas las mujeres*. — *Los Encantos de Brijan*. — *Quiero y no puedo*. — *La Payesa de Sarriá*. — *Lope de Rueda*. — *Mariana la Barlú*.



D. LUIS DE EGUILAZ.

Las que el poeta ha dejado sin representar, ó más ó ménos adelantadas, son: Los dramas *San Fernando* y *Roncesvalles*, la comedia *No basta* y las zarzuelas *Los Lumeiros de Galicia*, *El Salto del Pasiego* y *La Guitarra de Espinel*.

Entre sus trabajos literarios de otro género se cuentan: *La Espada de San Fernando*, novela que se publicó en un tomo hácia 1852; otra muy importante cuyo protagonista era Quevedo, y no llegó á concluir; otra, no de grandes dimensiones, cuyo título era *El Alfiler de diamantes*, y cuyo original, que el autor dió para la coleccion titulada *El Museo español*, de que forma parte *La Espada de San Fernando*, se ha perdido, al ménos para la gloria del autor; y otra porcion de escritos en prosa ó verso publicados en diferentes periódicos.

Eguilaz casó, hácia 1863, con una virtuosísima y hermosa jóven perteneciente á una distinguida familia de Barcelona,

y enviudó en 1865, quedándole una preciosa niña que el poeta ha confiado á la tutela y cariño de su leal é inseparable amigo de toda la vida D. Diego Luque, en cuyos brazos y los míos espiró en la madrugada del 22 de Julio de 1874, en la calle de San Agustin, número 10, esquina á la de Cervantes, como más por menor puede verse en el artículo, titulado *De la vida y la muerte de Eguilaz*, que di á luz con tan triste ocasion en *La Ilustracion Española y Americana*.

Para terminar estos renglones debo decir que si Eguilaz valia mucho como poeta, valia aún más como hombre, es decir, como ciudadano y como padre de familia y como amigo.

ANTONIO DE TRUEBA.